



Tras la mirada dulce de Samar Yazbek (Jableh, 1970) descubrimos la fortaleza de una mujer a la que la vida nunca se le puso fácil. Escritora y periodista influyente en Oriente Medio y una de las principales voces del feminismo árabe, su defensa de la democracia y de la libertad individual hizo que fuera considerada un peligro a ojos de los servicios secretos del Bashar al-Asad. De nada le sirvió pertenecer a una familia con una buena posición social y profesar la confesión alauita, como el dictador. Madre separada (algo que en un país como el suyo marca distancias, incluso a veces con los más queridos) en 2011, cuatro meses después del estallido de la revolución pacífica, y tras haber sido detenida por sus críticas al régimen, se exilió con su hija en París, con la esperanza de regresar pronto a casa. Ya va camino de los cinco años fuera pero aún le cuesta asimilar esta circunstancia. Por encima de confesiones u otros clichés ella se siente, ante todo, siria y mujer y quiere desarrollarse como tal en un país en paz, algo que hoy por hoy parece una quimera.

Colaboradora recurrente en grandes cabeceras internacionales (*The New York Times*, *The Guardian* o *Le Monde*, entre otros), Samar, la única periodista siria que se ha atrevido a recorrer el territorio dominado por el Estado Islámico, ha recibido numerosos reconocimientos por su labor de denuncia. Así, en 2010 fue incluida en el grupo de los Beirut39, una selección de los 39 escritores árabes más influyentes menores de 40 años. En 2012, recibió el prestigioso premio internacional *PEN/Pinter* por su libro

Una mujer en el punto de mira. Ese mismo año fue galardonada también en Suecia con el *Tucholsky*. En 2013 se hizo merecedora del premio *Oxfam Novib / PEN*, que reconoce a escritores que han sido perseguidos por su trabajo. A nuestra protagonista no le tiembla la voz al poner nombre a quienes tienen a su país sumergido en la desesperación y la espiral de la muerte, llámense Bashar al-Asad, Daesh, Irán, Rusia, Estados Unidos o la industria armamentística.

Desde la tranquilidad de Europa, Yazbek se sintió cuestionada y pensó que su deber como intelectual y activista civil era formar parte del proceso de cambio político de su país y contribuir a la instauración de la democracia con lo que mejor sabe hacer: relatar. Lo que comparte ahora en *La frontera. Memoria de mi destrozada Siria* (editorial Stella Maris) es el resultado de su decisión de volver clandestinamente y en plena guerra a su tierra natal, donde pudo comprobar «como el dictador y Daesh "se protegen"». Bombas a cada rato, cadáveres entre escombros, mujeres saliendo adelante solas y cuidando de sus familias con una fuerza sobrehumana... Eso fue lo que se encontró. Eso, el ver el sufrimiento de su pueblo, fue el motor que alimentó sus energías para seguir «en pie de paz».

Con su viaje, Yazbek perseguía un doble objetivo. Por un lado, quiso vivir en primera persona lo mismo que sus paisanos, enterarse de verdad de la situación allí y contárselo después a una pasiva comunidad internacional que de tanto en tanto se rasga las vestiduras para pasar después a mirar para otro lado. Al mismo tiempo, quiso emprender proyectos de apoyo a las mujeres del país, víctimas silenciadas que sufren las matanzas del régimen de Asad y la atroz alienación del fundamentalismo islamista en las zonas controladas por el yihadismo. Las estadísticas dicen que mueren más varones, pero ellas no se libran de las bombas, las torturas y las violaciones, y, desde la retaguardia, tratan de mantener viva la llama de la esperanza. La primera de sus intenciones ha quedado materializada en el libro, donde se recoge un amplísimo abanico de testimonios de civiles y combatientes del Ejército Libre de Siria a los que se suman sus propias vivencias, conformando un oscuro retrato de la Guerra de Siria. Para la segunda, Yazbek creó la ONG Women Now for Development, que desde su sede en París trabaja por el empoderamiento de la mujer, la protección y educación de la infancia y el apoyo a la sociedad civil.

Poseedora del único bien que Tales de Mileto asociaba con todos los hombres, la esperanza, aguarda una solución que cree podría llegar con la forma de una transición pactada por las grandes potencias que implique la continuidad temporal del actual régimen (eso sí, sin Asad), hasta la celebración de unas elecciones presidenciales con las que «llegue a Siria de verdad la democracia». */